

# Del Amor a la Desinformación y del Fracaso de la Cultura\*

Massimo Desiato \*\*

## Resumen

El presente trabajo tiene como fin discutir las efectivas posibilidades de la participación comunitaria y, más en general, del periodismo interactivo. Al respecto se ilustra y discute lo que hemos denominado *libido ignorandi*, el deseo de ignorar la información cuando ésta socava las habituales formas de pensar y conducirse en la vida. La *libido ignorandi* ha cobrado tal fuerza en las sociedades posmodernas, valiéndose de un uso a contrapelo de los mismos medios de comunicación masiva, que ha terminado por destruir la comunidad tradicional, generando comunidades fantasmas. En este estado de cosas, se discute el papel de la cultura, de la Escuela y de los intelectuales al lado del rol asumido por los media.

## Abstract

The present work discusses the possibilities of effective community participation, and in more general terms, interactive journalism. The author discusses and illustrates what has been denominated as *libido ignorandi*; the desire to dismiss information when it undermines habitual ways of thinking and conduct in normal day life. Through mass media, *libido ignarandi* has acquired such force in postmodern societies that it has destroyed traditional one while creating a type of ghost society. Within this context, the author discusses the role of culture, education and of intellectuals setadmidst the role assumed by the media.

## Résumé

La discussion présentée dans ce travail porte sur les possibilités réelles de participation communautaires et d'une façon plus générale du journalisme interactif. Le débat est illustré par ce que nous avons appelé la *libido ignorandi* c'est-à-dire le désir d'ignorer l'information quand celle-ci mine les modes de

---

\* Ponencia presentada en el marco de las Jornadas de "Comunicación comunitaria" organizadas por la Fundación Pampero, Celarg, Caracas, 1994.

\*\* Profesor de la Escuela de Filosofía de la UCAB, investigador del Instituto de Estudios Filosóficos (CEF) de la UCAB e investigador asociado al CIC.

pensée et de conduite habituelles. La *libido ignorandi* a connu une expansion notoire dans nos sociétés postmodernes, se faisant valoir d'une utilisation à "rebrousse poil" des mêmes mass media qui ont fini par détruire la communauté traditionnelle, créant par là même des communautés fantômes. La discussion du rôle de la culture, de l'école et des intellectuels face aux media se situe dans cet état de fait.

---

1. Pontes presentada en el marco de las jornadas de "Comunicación y cultura" organizadas por la Fundación Iberoamericana, Caracas, 1994.  
2. Pontes es el director de la ICAE, investigadora del Instituto de Estudios Iberoamericanos (CIB) de la UNCA e investigadora asociada al ICAE.

Al hablar de la participación del ciudadano en la comunidad no podemos dejar de lado una suerte de resorte psicológico y hasta antropológico que se activa a la hora de procesar la información: nos referimos a la *libido ignorandi*, es decir, al deseo de ignorar las cosas. Si bien uno de los supuestos fundamentales de la Ilustración ha consistido en creer que todo hombre, en tanto ser dotado de razón, desea conocer (*libido sciendi*), a partir del análisis que Nietzsche hiciera de la formación y conservación de la comunidad, se hizo cada vez más claro que el hombre como ser social, necesitado de la ayuda del otro, más que desear el conocimiento busca la seguridad y la comodidad<sup>1</sup>. De esta manera, en los casos en los cuales el conocimiento puede afectar esa tranquilidad añorada por el hombre, éste suele preferir el desconocimiento a la información. Parecería, entonces, que la actitud gregaria, sin la cual ninguna comunidad puede conservarse, implicaría esa *libido ignorandi*, cuyo ejercicio se conduce en un activo filtrar, deformar y hasta "pasar por alto" el conocimiento<sup>2</sup>.

- 1 Nietzsche considera que la presencia del prójimo exige la convención y que en ella los individuos se encubren. El hombre, entonces, actuaría de manera gregaria por temor al prójimo y no por último debido a la indolencia. Ésta hace que la mayoría de los hombres busquen la adaptación al grupo antes que el desarrollo de la verdad, pues la voluntad de verdad, si no se limita a la convención, socava la homogeneidad del grupo social. En otras palabras, si el hombre despliega una intensa curiosidad intelectual, lo hace básicamente para construir vastos sistemas explicativos que le proporcionan la tranquilidad de espíritu en la ilusión de una comprensión global, más que para explorar las realidades y abrirse a informaciones desconocidas. En fin, a ciertas alturas la indiferencia al saber es el mecanismo de defensa que el grupo emplea para no afectar la convención de base que permite la convivencia.
- 2 La comunidad sólo se mantiene cohesionada sobre la base de un lenguaje en común, cuya práctica fortalece los valores compartidos y desde allí las cosmovisiones. Sin embargo, en tanto que la naturaleza del lenguaje es tal que hasta en su conservación y transmisión se introduce la innovación, pareciera darse un dispositivo de seguridad cuyo fin es inhibir la creación de nuevos términos y su puesta en circulación. Pero esto último no significa otra cosa sino reprimir el conocimiento mismo. El fenómeno, por lo demás, se ha acentuado en las sociedades de los medios de comunicación masiva, pues en ellas se presencia lo que Gadamer ha denominado "regulación lingüística". Esta regulación produce un achatamiento de la dimensión lingüística, una auténtica penuria de lenguaje, que altera el fenómeno natural de un conformismo social. El conformismo se acentúa a tal nivel que se produce un estancamiento del conocimiento. El peso de la opinión pública actúa en dirección de un amor a la desinformación que va en contra de la sólida formación de opiniones propias. La *doxa* queda aniquilada por la regulación del habla: no hay discursos, sino un discurso estandarizado que es sólo un espectro de una efectiva opinión pública. Sobre este punto, véase en

Pero de ser esto así, ¿qué sucede en el caso de comunidades que han sido denominadas “sociedades de información” en la exacta medida en la cual la casi totalidad de su ejercicio depende de la posesión y manejo del conocimiento? ¿Qué papel deben asumir los medios de comunicación frente a esta *libido ignorandi*? Y, sobre todo, ¿cómo lograr una participación concreta de los ciudadanos —base indispensable para un sano y auténtico ejercicio democrático— en los asuntos de la comunidad?

En su cotidianidad, en su actitud de término medio, el hombre, contrariamente a lo que la Ilustración ha pensado sobre el tema, no manifiesta una gran curiosidad por conocer<sup>3</sup>. O mejor dicho, la curiosidad es reemplazada por el deseo de ignorar cuando el costo del conocimiento, en términos psicológicos y ontológicos, es muy elevado para el individuo mismo. En efecto, quizás durante mucho tiempo se ha pasado por alto el hecho de que conocer, en sentido estricto, significa incorporar experiencias nuevas en la vida del sujeto, experiencias que necesariamente perturban los equilibrios y automatismos logrados hasta ese entonces. La pérdida del equilibrio implica el surgimiento de conflictos y contradicciones cuya solución trae aparejados un elevado nivel de esfuerzo y de angustia: el conocimiento no es una tranquila contemplación, como nos ha inducido a creer la filosofía griega (no se conoce a la manera de aquel que echado en la playa contempla la furia del mar), sino un activo esforzarse para crear y recrear un sentido y hasta una concepción de la vida (hay que echar a nadar con el riesgo de ahogarse). En el conocimiento lo que está siempre en juego es el individuo mismo, sobre todo si el contenido de la información afecta la dimensión social, política y económica del ser humano. Si luego pensamos que en la sociedad cibernética, en términos de posibilidades, la información y el conocimiento han aumentado y constantemente aumentan, no debe extrañar, por más paradójico que pueda parecer, si al correspondiente incremento de la posibilidad de conocimiento y de la facilidad de su adquisición, encontramos, como una suerte de compensación, un deseo cada vez más acentuado, si bien no del todo consciente, de ignorar las cosas.

---

particular GADAMER, H. G. *Verdad y método II*, Salamanca, Sígueme, 1992, p. 185-187.

3 Esta actitud se encuentra bien recogida en el sentido común, refractario a inquirir en profundidad y a la reflexión exhaustiva, que suele decir: “no te enrolles”. En la cotidianidad el individuo se mantiene en la superficie, queda en la indeterminación y juega con ella en sus diversos planos. Aquí se dispone siempre de la información necesaria para justificar las propias conductas, no existiendo la menor preocupación por integrar o conciliar inclusive las contradicciones de esa información. En la cotidianidad se trata constantemente de que no aparezca la contradicción, se la ignora una y otra vez.

No se trata, fijémonos bien, de que la gente rehuya toda la información, sino del hecho de que sólo la incorpora en la medida en la cual refuerza su convicción previa. Así, pues, se hace un uso perverso de la información, en tanto que ésta funciona como una fachada: el sujeto parece estar informado, mientras que, en realidad, no hace ningún uso crítico de ese conocimiento. De esta manera, la información funciona en un nivel ideológico: es la mentira que el sujeto se cuenta a sí mismo para no perder jamás la estabilidad lograda. El mismo sujeto, si es interrogado al respecto, afirmará estar adecuadamente informado. En este contexto la información pierde su sentido más antiguo, pues es oportuno recordar que el verbo latino correspondiente *formo* significa un activo "formar-hacia", un "dar forma", un "hacer consciente". La información implica la reflexión como uno de sus momentos esenciales. Cuando este momento no se activa, la información funciona en realidad como "des-información", como un no hacer consciente, un no dar forma, ni formar hacia. La información se utiliza a contrapelo y se vuelve una cáscara vacía, una mera inmediatez que no participa ya del proceso comunicativo. Estamos en presencia de una in-comunicación, en la cual *el lenguaje al uso sirve entonces, pues, no para la cada vez más perfecta comunicación intergrupala o interpersonal, sino para el mantenimiento del statu quo, es decir, la perpetuación del "entendimiento" ya preexistente*<sup>4</sup>.

Pero una sociedad in-comunicada es una sociedad en vías de desintegración, pues el lenguaje sólo es común si cada uno de los integrantes aporta algo en favor del lenguaje, y no es común cuando los integrantes han quedado silenciados en virtud de ese conformismo radical, de esa apatía revestida por la información. Sentirse siempre adecuado a las circunstancias, darse por satisfecho con lo que se tiene conduce inevitablemente a la insularización, pues el encuentro con el otro nace de la necesidad, del desequilibrio, de la falta de adecuación con el entorno.

Pero el proceso no termina aquí. El sujeto, en su afán de evadir toda responsabilidad, descarga la misma sobre las fuentes que emiten la información y generan las posibilidades del conocimiento: son ellas, a juicio del receptor, las que lo manipulan; son ellas las que le impiden el acceso a la participación; ellas monologan y nunca dialogan. De ahí toda esa abundante literatura que culpabiliza al emisor, dejando al receptor con el mito de su immaculada concepción: el receptor es el puro, el emisor el Gran Demiurgo. ¿Cómo entonces inducir a una efectiva participación cuando ella en realidad no es deseada? Por supuesto que lo que acabamos de describir no es una regla universalmente válida. Hay varios sujetos que desean realmente la información y que se encuentran con severas dificultades para procesarla. Sin embargo,

---

4 CASTILLA DEL PINO, C. *La incomunicación*, Barcelona, Península, 1989, p.30

dado el corto tiempo a disposición, no describiremos esas dificultades, por lo demás ya desarrolladas en otra parte<sup>5</sup>. Insistiremos en el análisis de esta perversa y sutil *libido ignorandi* en cuanto es la que suele pasar con mayor frecuencia desapercibida en el proceso comunicativo. De esta manera, lo que parece honesto confesar es que en la época en la cual casi toda la comunicación se ha masificado y en la que el conocimiento circula con más libertad que nunca, las convicciones de la mayoría de los hombres no se derivan de un acceso más amplio al razonamiento científico, ni de una superior comprensión de los elementos de un debate, ni de una participación en el saber, sino que siguen desarrollándose a partir de fuerzas emotivas cada vez más acentuadas.

La principal razón de este fenómeno es que, por lo general, los receptores no tienen acceso más que a las conclusiones groseramente simplificadas y no a las argumentaciones que las apoyan. El receptor moderno parece darle la razón a Comte cuando éste dice que la condición normal del hombre es el dogmatismo<sup>6</sup>. En efecto, la verdad de un enunciado hoy día se desprende más del porque lo ha dicho Fulano o Mengano, premios Nobel, o porque aparece en tal y cual noticiero, que sí es serio, que del resultado de un análisis serio de la información por parte del receptor. Lo que se obtiene con todo este proceso es un conocimiento inútil para la comprensión de la realidad, es decir, una información enteramente ideológica que funciona en el nivel de una mentira útil para el receptor. Con esto no queremos decir que los que recogen información no la falsifiquen con frecuencia; eso es bastante cierto. Pero lo que llama la atención es la vocación de eludir tanto la información como el problema de su falsificación por parte de los receptores. Por si fuera poco, existe un complejo mecanismo de mutua adulación entre emisores y receptores, una complicidad que termina por instaurar una suerte de "dictadura del escenario". Por tal término entendemos que muchas veces la información y el saber en general son emitidos para

---

5 Sobre ese tema véase: DESIATO, M. "Comunicación y postmodernidad: reflexiones éticas", *Temas de Comunicación* Nº 4. UCAB, Caracas, Julio 1993; "El poder en y tras la comunicación", *Temas de Comunicación* Nº 5. UCAB, Caracas, Enero 1994 y "Comunicación masiva, identidad y tradición en Venezuela", *Temas de Comunicación* Nº 6. Julio 1994.

6 Vale la pena recordar que el dogmatismo no es otra cosa que la aparente seguridad que hay que adoptar ante la subconsciente inseguridad hacia un proceso comunicativo que pone en juego a la persona.

7 Por otra parte, este es un mecanismo de "colusión". Se entiende por tal término la recíproca confirmación de posturas que en sí no corresponde a lo real. "x" afirma ser "p" sin serlo y "z" lo reconoce como "p" si "x" por su parte, reconoce que "z" es "p" sin serlo.

complacer los gustos de los receptores; de esta manera, en realidad, es el receptor quien aparentemente domina. Pero, tampoco se puede desconocer que el gusto del receptor ha sido objeto de una prolongada manipulación por parte de los programadores-emisores. En este cuadro ya nadie tiene el privilegio de ser el "primer motor inmóvil" y, lo que es peor, los intentos de innovar son la mayoría de las veces censurados tras la apelación de que "el público así lo quiere". Pero el "público" aquí es ya un fantasma, pues ha quedado reducido a "mero escenario". Por su parte, el público no vislumbra ya al emisor que se ha reducido a ser lo que el público desea que sea: en fin, en este juego, emisor y público son la misma cosa. La "dictadura del escenario" cristaliza el proceso comunicativo y no permite que la verdad surja, pues ésta no es una cosa que puede ser adquirida de una vez por todas, no es un objeto ni nada susceptible de ser contemplado: la verdad es un proceso, es el proceso mismo de la comunicación auténtica, donde dos o más individuos dialogan entre sí, escuchando realmente al otro y dejándose poner en tela de juicio por esa escucha: de un auténtico proceso de comunicación la persona sale transformada.

Ahora bien, tengamos a la vez en claro que ningún régimen democrático puede conservarse y fortalecerse sin una cierta dosis de verdad. La democracia es un sistema político basado en la libre determinación de las grandes opciones de la mayoría y se condena a la desaparición si los ciudadanos que realizan tales elecciones lo hacen en la ignorancia de las realidades, o bajo los efectos de la pura emotividad y de la impresión pasajera. La comunicación en general, y la comunicación comunitaria en particular, están llamadas a lograr la formación de opiniones sólidas, bien argumentadas y basadas en supuestos claros y precisos, supuestos que puedan en cualquier momento ser discutidos si el caso lo amerita. Si es verdad que gran parte de los medios de comunicación se caracterizan por incrementar la emotividad reduciendo la información al mínimo, también es cierto que los receptores no incitan ni presionan para que esa actitud cambie. Estamos frente a una actitud de complicidad. El emisor quiere ser aceptado por el receptor, que lo hará siempre y cuando no se lo incomode demasiado, cuando no se le obligue a revisar sentidos y opciones habituales. En fin, la oferta se explica por la demanda. Pero, como bien dice Revel<sup>8</sup>, la demanda en materia de información parte de las convicciones que, a su vez, y como ya mostramos, se generan en un ambiente de aproximación, prevención y de pasión, esto es, a partir de la "dictadura del escenario".

Esta "dictadura del escenario" es tan poderosa que inclusive aquellas personas expertas en campos especializados del saber, a la hora de formarse

---

8 Cfr. REVEL, J.F. *El conocimiento inútil*, Bogotá, Planeta, 1993

Sacudir al receptor, hacer que éste ya no acepte al emisor en su primer decir, provocar respuestas y cuestionamientos, en fin, no ser ya el “opio de los pueblos”, es uno de los posibles caminos para romper con el amor a la desinformación, y con el “efecto agenda”, según el cual sólo se discute acerca de lo que los medios iluminan. En el caso de la enseñanza —valga aquí como ejemplo— eso equivaldría a un estudiante capaz de cuestionar de raíz lo que su profesor hace, discutiendo inclusive la bibliografía empleada. ¿Cuántos son los alumnos universitarios que impugnan la elección de los textos trayendo al salón de clases otros textos con otras perspectivas para obligar al profesor a la confrontación? Es difícil romper con la *libido ignorandi* porque ella se genera desde la infancia; en eso creo que casi todos estaremos de acuerdo. Y sin embargo, es preciso hacerlo en algún anillo de la cadena. Para romper la cadena es suficiente romper un anillo, vale la pena recordarlo. Pero la voz de la *libido ignorandi* se levanta sólo para dirigir nuestra atención sobre el gran peso de la cadena entera. No hay que mirar la cadena entera, eso sólo induce al quietismo, a la aceptación del fracaso: debemos concentrarnos en los anillos, cada uno en el suyo, y así saltarán, se quebrarán.

Se objetará que lo hasta aquí dicho no toma en cuenta las terribles desigualdades sociales del país, que la propuesta es elitista. No voy a discutir aquí el difícil problema de las relaciones entre las élites y el hombre llano. Sólo diré lo siguiente. Una nueva y nefasta corriente pedagógica ha transformado la escuela de la enseñanza media en un simple lugar de convivencia donde se despliega, en el mejor de los casos, una suerte de “apertura al prójimo”. Según tales directrices, la escuela debe dejar de transmitir conocimientos: se trata de abolir el criterio, considerado reaccionario, de la competencia. El alumno no aprende nada y el profesor puede ignorar lo que él enseña, caso que, por lo general, tristemente se repite en los medios de comunicación, donde los emisores especializados brillan por su ausencia. El periódico, la radio y la televisión se transforman en dispositivos meramente recreativos destinados a llenar las horas de ocio: al abrir el periódico, o al prender la radio y la televisión, el receptor no espera educarse, y en todo caso su *libido ignorandi* le dice que él está siempre muy cansado para pensar. El creciente formalismo de la escuela y de los medios de comunicación, censuran a aquel que aun sabiendo, no dispone de la supuesta forma para comunicar lo que sabe. Estamos en presencia de un culto por la justificación teórica, pedagógica, por los programas, cronogramas, confección de *curricula*, de perfil de egresados: se inventan siempre palabras nuevas, como “gerencia cultural”, “facilitación de textos”, etc. y se deja escapar el contenido. No existe desigualdad social que sea tan brutal como para impedir la formación de una opinión propia y de una opción propia, pues de ser así no se entiende cómo el proletariado europeo, hundido en la más negra de las miserias, haya podido al cabo de un siglo tener una de las voces más contundentes en el

concierto político de la comunidad europea. Los obreros franceses e ingleses, después de trabajar en algunos casos más de quince horas diarias y en condiciones deshumanas, se reunían para estudiar los textos del socialismo. ¿Quién les enseñó? Seguramente no fueron los capitalistas quienes organizaron los estudios para los proletarios. Ellos mismos lo hicieron, porque deseaban la información y el conocimiento, lucharon por la posesión del saber y por su manejo, pues para ellos era todavía un valor.

Sí, un valor. Lo que hay que preguntarse es si entre nosotros el saber es un valor. Un valor es algo que vale, un criterio de importancia, algo por lo cual uno lucha y se sacrifica. Si el saber no es para nosotros un valor, no esperaremos encontrarlo en un medio de comunicación, y así construiremos una comunicación inútil, un gran y estruendoso ruido sin sentido alguno que produce más confusión que otra cosa. No se trata de echarle la culpa al otro, sino de asumir las responsabilidades: todos estamos involucrados en la comunicación, pues todos nos comunicamos o intentamos hacerlo. Se trata de entender cómo queremos comunicarnos y qué queremos comunicar, se trata de aclarar los valores ante nosotros mismos. La comunicación comunitaria debe enfrentarse a estos y muchos otros problemas para ser efectiva y para darse un rumbo a sí misma, so pena de que se convierta en una palabra más, hueca y sin embargo hechizante, como "reto a la excelencia" y "calidad total". No hay comunicación comunitaria, ni excelencia, ni calidad total si esas palabras vienen de un incierto arriba, si no surgen de un deseo propio, de un querer propio, de una necesidad advertida como urgente e impostergable. Sí, ya lo había dicho hace largo tiempo el poeta latino Appio Claudio: *quisque faber ipse fortunae suae*, es decir, cada quien es artífice de su suerte, sea un individuo o una comunidad. Para que esto acontezca es decisivo que haya información sobre la información, que la familia, la escuela, las empresas y los mismos medios de comunicación eduquen para utilizar correctamente la información. Sólo así estaremos en la disponibilidad de lograr una participación ciudadana concreta y veraz, apta para producir el crecimiento comunitario, porque si bien es cierto que la información es el tirano del mundo moderno, también es verdad que ella es su sirvienta.

No podemos concluir esta intervención sin hacer referencia, por lo demás, a la comunidad misma. Se habla de "participación comunitaria" y se trata de comprender cómo la información puede ser útil para activar la participación. De la información ya hemos dicho que ha perdido su significado más auténtico, aquel según el cual se "forma la persona hacia" un fin determinado. En esta dirección, la información apunta a la "conformación", y cabe decir que sólo se ha alcanzado la verdad cuando el individuo se dispone a conformar su vida, esto es, sus actos de conformidad con el contenido de esa verdad. La verdad funciona como hacedora de hombres sólo si no es reducida a una mera operación intelectual. Transmitir una

verdad para que la comunidad participe de ella implica dejar muy en claro que en una sociedad las actividades de sus miembros están interrelacionadas de un modo que tienen un sentido moral.

Ahora bien, en la historia de occidente las comunidades han tenido siempre más fuerza que los individuos particulares, de ahí que resultara bastante lógico confiar en ellas como resortes para la transformación del mundo. Sin embargo, en la segunda mitad del presente siglo, las cosas han cambiado profundamente. La postmodernidad es justamente aquel período de la historia de occidente en que las comunidades han perdido su fuerza. Esto ha acontecido en la exacta medida en la cual la saturación de información producida por los medios de comunicación masiva ha generado lo que podríamos llamar con Gergen<sup>10</sup> una “perversidad polimorfa” en el seno de la estructura social misma. Este fenómeno da lugar a una comunidad heterogénea en la cual la homogeneidad de las pautas sociales de vida cede el paso a una multiplicidad de modalidades excluyentes. Esto puede ser caracterizado en la frase de la madre que dice “ya sé lo que me quiere decir mi hija cuando afirma que no sabe si casarse o vivir sola, o irse a vivir con alguien, o dejar de fumar, salvo la marihuana, o dejar de beber definitivamente, o tener un hijo, o adoptarlo, o simplemente olvidarse del sexo y tomar más sedantes, o...”

La comunidad heterogénea es, entonces, aquella en la cual cada grupo vive a tal punto en medio de su propia realidad que ya no es capaz de reconocer la realidad del otro. En otras palabras, esta comunidad es una en la cual las diferencias son llevadas a un extremo tal que, por contraefecto, se produce una pérdida de la identidad. Ya no hay otro, si no hay yo. Esto genera, a su vez, lo que podríamos llamar una “comunidad fantasma”, en la que se mantienen todos los atavíos externos de la interdependencia cara a cara, pero en la cual los cuerpos participantes no existen. La comunidad fantasma es una en la que los símbolos se desprenden de la presencia de las personas. La comunidad fantasma, en tanto comunidad simbólica, está ligada primordialmente por la capacidad de mero intercambio simbólico — palabras, imágenes, información— que poseen sus miembros, principalmente por medios electrónicos. La proximidad física desaparece como criterio de comunidad y la relación de persona a persona queda relegada en el pasado.

Gergen lo expresa así:

“En la década de los treinta estábamos muy cerca de nuestros vecinos. Todas las casas de la manzana tenían un porche delantero y en las noches de verano la gente se sentaba allí y se interpelaba de una casa

---

10 GERGEN, K. *El yo saturado*, Barcelona, Paidós, 1992.

a otra o se visitaba. No salíamos muy a menudo; la gasolina del coche era cara, y tampoco había muchos sitios adonde ir. Cuando la radio se hizo popular, dejamos de pasar tanto tiempo en el porche. Mi familia solía quedarse dentro para oír la radio. Después vino la TV y las cosas empeoraron más todavía; ya ni siquiera veíamos a nuestros vecinos, y era rarísimo que pasáramos alguna velada juntos: lo que se veía dentro de la casa era mucho más interesante. Con el tiempo los automóviles se volvieron más económicos y uno podía llegar hasta el valle para pasar el fin de semana. Hace poco volví al vecindario; casi toda es gente nueva,<sup>11</sup> Y por lo que me cuentan, no saben ni cómo se llaman los vecinos” .

En este estado de cosas, la comunidad ha dejado de ser tal y la participación comunitaria se torna muy problemática por el simple hecho de que no hay comunidad en la cual participar. Los medios de comunicación masiva han, si no generado el problema por sí solos, seguramente contribuido a formarlo. ¿Podrán los medios mismos subsanar este contraefecto, esta anomalía? ¿Podrán hacerlo por sí solos? ¿O, en cambio, se requiere de otras instancias? Responder a estas interrogantes trasciende los límites de este trabajo. Sólo diré que el panorama luce sombrío, más por el hecho de que la gente todavía no toma consciencia de estos y otros problemas que nos afectan a todos, que por otra cosa. Esperemos que la presente comunicación haya aportado algún elemento válido para aclarar, aunque sólo sea, el estado de la discusión.

---

11 *Ibidem.*